

GIUSEPPE BARETTI O EL VIAJERO SIN PREJUICIOS

Por JOSÉ ALBERICH

En muchos aspectos, la Unión Europea de la que hoy estamos tan orgullosos existía ya, a pesar de las guerras y de las fronteras, en el siglo XVIII. Ese sentimiento exacerbado de la nacionalidad que creó el liberalismo en el siglo XIX era desconocido aún, y un europeo cualquiera podía ganarse la vida fuera de su país. Málaga estaba llena de italianos, franceses e ingleses¹. Cádiz no era menos cosmopolita. En el ejército español se alistaban suizos e irlandeses. Los buenos músicos, pintores o arquitectos trabajaban o residían donde hallaban mejor mecenazgo: Scarlatti, Boccherini o Tiépolo en España; Händel en Inglaterra, Salieri en Austria, y así sucesivamente. Un ejemplo ilustre de este cosmopolitismo era Giuseppe Baretti (1719-1789), literato piamontés afincado en Inglaterra², amigo del famoso lexicógrafo Samuel Johnson y de otros escritores y pintores ingleses, y lexicógrafo él también, ya que publicó un diccionario italiano-inglés en 1760 y otro español-inglés en 1776; éste último fue objeto de numerosas reediciones y, aumentado en 1802 por un tal Henry Neuman, prestó buenos servicios hasta mediados del siglo XIX. Su obra más conocida, sin embargo, y la que queremos comentar aquí, es *A Journey from London to Genoa*, relato de un viaje a través de Portugal, España y el Sur de Francia realizado en 1760.³

El motivo del viaje era reunirse con sus hermanos, a los que no había visto en muchos años, en Turín, pero no sabemos si eligió esa ruta por interés hispanístico o, más sencillamente, porque Europa

estaba todavía envuelta en la guerra de los Siete Años. De todas formas, el Dr. Johnson le había pedido que escribiese sus impresiones de España y Portugal, países de los que se sabía muy poco entonces, porque pocos viajaban por ellos y los que lo hacían no solían poner sus experiencias por escrito. Baretto mismo nos asegura que al poner pie en la Península no sabía una palabra de portugués, pero en cambio el español lo conocía desde hacía veinticinco años, y, en efecto, las frases de esta lengua que incluye en su libro son a menudo ligeramente incorrectas, pero inteligibles e incluso idiomáticas a veces. De la historia y la literatura españolas no parece tener profundos conocimientos, pero sí un interés y una apertura estética nada corrientes en el neoclasicismo y que el hispanista italiano Franco Meregalli valora muy positivamente⁴. A pesar de todo, su libro contiene algunos errores, que no voy a enumerar aquí, pero también contiene observaciones y juicios muy pintorescos y muy simpáticos para nosotros, frases que revelan una sensibilidad y un conocimiento de la condición humana totalmente modernos y rarísimos, por no decir inexistentes, entre los viajeros de su época e incluso del siglo XIX⁵.

Recordemos que Baretto es el extranjero por antonomasia, el extranjero no sólo en el país que visita, sino también en el país de donde viene, es decir, Inglaterra. Los franceses y los ingleses vienen a España a juzgarnos desde su posición de ciudadanos de países ricos y avanzados, a aplicarnos sus criterios, a compararnos con su gente. Baretto, por el contrario, es un desplazado, un hombre que ha experimentado la dificultad de vivir entre extraños, un hombre que ha sido despreciado, o, al menos infravalorado por extranjero, y cuya sensibilidad, sólo por eso, le hace más capaz de comprender lo diferente, lo relativo y lo cambiante de las manifestaciones humanas⁶.

Lo advertimos desde el mismo comienzo del viaje, cuando al pasar por las minas de estaño de Cornualles, se le ocurre contraponer la vida pobre pero descuidada y alegre de los italianos a la industriosisidad de Inglaterra u Holanda, donde millares de mineros, navegantes o mecánicos se afanan largas jornadas para que unos pocos vivan en la ociosidad y el lujo. Al llegar a Falmouth para embarcar rumbo a la Península, hace una observación muy curiosa y muy reveladora de su vulnerable condición: dice, en efecto, que cuanto más se aleja uno de Londres más cortés es la gente baja, y que en ese viaje nadie le dio el apelativo de "*French dog*", tan liberalmente dispensado por la chusma

londinense a los que tienen aspecto de extranjeros”, si bien poco después asegura que la plebe de la capital no carece de sentimientos humanitarios en casos de desgracia o accidente que aflijan a cualquier persona⁷. No es ésta, sin embargo, la única vez que critica en su libro la xenofobia de las clases trabajadoras inglesas, y que le hacía asombrarse de que al llegar a algún perdido pueblo de España no le insultasen ni arrojasen piedras como podían haber hecho en Inglaterra.

Baretti llegó a Lisboa pocos años después del terrible terremoto de 1755, cuando media ciudad yacía todavía en ruinas y la familia real estaba aún atemorizada por la conspiración del duque de Aveiro contra José I. Después de las obligadas visitas a Mafra, Cintra y otros lugares regios, nuestro italiano cruza el Tajo y se dirige rápido a través del Alemtejo a la frontera española. En Aldea Galega ya da una nota que sería característica de todo su viaje y que constituye uno de sus principales atractivos, a saber, su aprecio de la vida sencilla y popular, sobre todo campesina, su deleite con el trato de los lugareños, con su música y con sus danzas. Huyendo de su posada, donde le acosan las chinches, el buen Giuseppe acude al atardecer a la orilla del Tajo y contempla esta escena idílica:

“Allí ví muchas parejas felices, algunas sentadas en las márgenes del río, otras paseando arriba y abajo, todas hablando en susurros, todas abrazándose; todos disfrutando de la compañía y del frescor de la tarde.

“¡Buenas gentes! – me dije a mí mismo. No sé qué habrán cenado, y tal vez sus camas no sean mejores que la que me ha buscado Batiste, mi criado. Pero son felices y se aman. ¿Por qué les gusta a los ingleses aburrir a los extranjeros presumiendo de libertad? ¿No es libertad pasear por la orilla del río en Aldea Galega, murmurando a una chica bonita lo primero que se nos ocurra, sin pensar en gobiernos, políticos ni facciones?”⁸.

Baretti va encontrando chicas guapas por todas partes, y su más entusiasta admiración es para las chicas guapas que además bailan. En Elvas ya le sorprende una juerga nocturna en la que él participa encantado; en Badajoz se prolonga el buceo, y luego, en su ruta de Mérida a Madrid también tiene ocasión de ver y oír algún que otro fandango. Pero aunque no haya música ni danzarinas el viajero disfruta sentándose junto al fuego en alguna posada donde no hay cristales

en las ventanas, ni más comida que la que lleve el viandante, ni más acomodo que un jergón plagado de chinches ; disfruta con el espectáculo y la conversación de la gente que entra y que sale, y concluye filosóficamente que las ventas y los caminos son malos en España porque nadie viaja por gusto, sino por extrema necesidad, es decir, se viaja muy poco.

Baretti no es, pues, un ilustrado típico, de los que rehuyen el trato con el “populacho soez”, como decía Moratín; se adhiere más bien a la estética de don Ramón de la Cruz y sus sainetes, y en ello le confirma la opinión de un canónigo con quien se tropieza en su viaje, y que le asegura que él, como confesor, sabe de maldades humanas y puede afirmar que los aragoneses, exceptuando los de Zaragoza, son muy buena gente. Lo mismo ocurre en el resto de España: el vicio, la ambición, el interés están en las grandes ciudades y los puertos. El campesino, por el contrario, trabaja de sol a sol y no tiene tiempo de ser malo. Al volver de sus faenas se divierte bailando, dándole a los pies, diversión muy sana y nada pecaminosa, digan lo que digan los moralistas extranjeros⁹. El señor canónigo observa además muy inteligentemente que la hostilidad existente entre unas regiones y otras se debe a veces, o al menos está acentuada, por diferencias lingüísticas. “Los gallegos y valencianos – dice – hablan dialectos que suenan desagradablemente en los oídos de los castellanos y de los que hablamos casi castellano (se refiere a los aragoneses), y yo he notado a menudo que estas diferencias en el habla son suficientes para crear antipatías entre las diversas partes de una nación y para inducir a unos a depreciar, censurar e incluso odiar a los otros”; palabras, ¡ay!, que tienen en nuestros días una vigencia dolorosa, fomentada por los políticos¹⁰.

No voy a insistir más sobre esta faceta populista de Baretti, faceta que sería luego desarrollada y ampliada, quizás hasta el exceso, por los viajeros románticos¹¹. Me gustaría, en cambio, hacer hincapié en otro aspecto de su relato que sí resulta verdaderamente excepcional en casi toda la literatura viajera que conozco, y sin duda alguna en la de lengua inglesa. Se trata de que Baretti, a lo largo de su libro, advierte constantemente al lector de las limitaciones y relatividades a que está sujeto un viajero como él. Es como si le dijese: - Ten cuidado, no tomes esto al pie de la letra; yo he podido equivocarme; no creas todo lo que se dice en esta clase de libros. Eso no lo hace ningún inglés, que siempre pontifica y lo sabe todo de buena tinta.

Cuando se dispone a dejar Portugal nos asombra ya con cautelas de inusitada modestia, advirtiéndonos que quizás sus impresiones del país resulten desfavorablemente injustas, debido a que ha visto poco de él y sobre todo a que no ha tenido ocasión de tratar a gente de las clases altas y educadas, sino tan sólo a criados, arrieros, posaderos de regiones pobres y poco visitadas, etc. Él no quiere parecer uno de éstos “*peevish and insolent travel-mongers* (irritables e insolentes urdidores de libros de viajes) que sólo buscan en los países que describen motivos de censura y condenación”¹². Baretti es consciente de que la mera condición de extranjero nos dificulta la comprensión de lo que existe fuera de nuestras fronteras:

“Conozco a la humanidad lo suficiente para saber de sus viles antipatías y de su disposición a calumniar y desdeñar a sus vecinos a la menor provocación, y a veces sin provocación alguna. No consta que ninguna nación haya caído en gracia con otra, y a cada una la creen detestable las demás”¹³.

Hemos mencionado la afición de nuestro piamontés por la danza y la canción popular, y esto le hace observar la facilidad con que la gente del pueblo improvisa letrillas u otros metros cantables. Los extranjeros, sin embargo, no llegan ni a darse cuenta de ello:

“Que los forasteros que viajan por aquí no hayan ni siquiera notado este hecho, tan raro en otros países, y tan fácil de advertir en éste, es lo que me parece a mí más sorprendente que el hecho en sí. Tal es la falta de atención con que los viajeros cruzan un país, incluso los que lo hacen con una pluma en la mano. Cuando han copiado de otros libros que los españoles son orgullosos, serios e indolentes; que los franceses son volubles, confiados y charlatanes; que los italianos son astutos, celosos y supersticiosos, los ingleses maleducados, poco hospitalarios y filosóficos, la mayor parte de estos escritores itinerantes creen que han realizado una gran hazaña, y que se han ganado el respeto de sus conciudadanos. Por lo que a mí toca, yo los he considerado siempre en su mayoría con el aborrecimiento que merecen los propagadores de prejuicios, falsedades y calumnias, y al resto, con el desprecio con que se debe mirar a los observadores superficiales, impertinentes y descuidados”¹⁴.

Tan duras y tan persistentes son las críticas de Baretti a los que le precedieron en su viaje por España que uno se pregunta qué obras

de esta naturaleza pudo leer antes de pergeñar la suya. Consultando la bibliografía de Ana Clara Guerrero¹⁵ vemos que en el siglo XVIII hay muy pocas obras inglesas, tan sólo cinco, sólo dos de las cuales son bien conocidas actualmente (las de E. Clarke y Udal ap Rhys), pero la primera cronológicamente hablando, anónima, salvo que se dice autor de ella un oficial de la Armada Británica, tiene un título que habla por sí mismo: “A Trip to Spain; or, a true description of the comical humours, ridiculous customs and foolish laws of that lazy, improvident people the Spaniards” (1704-05). Lo más probable es que pensase en alguna obra francesa (tampoco hay muchas antes de 1770)¹⁶, en los repetidos sarcasmos de Voltaire y Montesquieu sobre la nación española, o, incluso, en la obra de su compatriota Norberto Caimo, el “vago italiano” muy crítico pero no siempre hostil a nuestros contemporáneos¹⁷. La bestia negra de Baretti es, no obstante, Edward Clarke, autor de *Letters concerning the Spanish Nation* (1763), al que censura muy a menudo acusándole de superficialidad y parcialidad, y del que concluye lapidariamente: “En este mundo hay gente desgraciada a la que no puede gustar más que su propio país”.

Baretti se atreve a atacar clichés mentales que eran en su tiempo, e incluso un siglo después, casi dogmas de fé, como por ejemplo la creencia en el “carácter nacional” inmutable desde el principio de los tiempos hasta nuestros días. Para Baretti, esto es una falacia, pues “la naturaleza humana es esencialmente la misma en todo el mundo, aunque las naciones en que se divide éste pueden variar unas respecto a otras en diversas cualidades y ser alternativamente activas o inactivas, valientes o cobardes, eruditas o ignorantes, honradas o dolosas”. En otras palabras, no hay pueblos superiores o inferiores, sino circunstancias históricas que elevan a unos y rebajan a otros: “Los medos, los asirios, los persas, los macedonios, los griegos, los romanos, los godos, los turcos, etc., fueron por turnos los más grandes o los más pequeños del mundo... Los ingleses, que son actualmente el pueblo más activo que existe, están por eso en la vanguardia de la humanidad, pero nadie puede pronosticar cuánto tiempo van a estar en ese puesto de honor”. Esta reflexión concluye con una apasionada diatriba contra muchos escritores de viajes, “filósofos de pacotilla”, que nos aburren con tópicos sobre cómo son los nacionales de tal o cual sitio, con lo cual sólo hacen el trabajo del diablo, es decir, que se desprecien y odien los que siempre se deberían considerar hermanos¹⁸.

No es frecuente que los viajeros se ocupen de la literatura española, que suelen desconocer, y sin embargo Baretti le dedica cincuenta y tantas páginas en un extenso comentario que abarca desde el Fuero Juzgo hasta el *Fray Gerundio* del P. Isla. En ellas habla de todo lo que tiene que ver con nuestras letras: de las imprentas, de la Academia Española, de la naturaleza y características de nuestra lengua, del teatro del Siglo de Oro, de los diccionarios y refraneros, de los trabajos del arabista Casiri en la biblioteca de El Escorial... A contrapelo de los gurus del neoclasicismo, que condenaban el teatro barroco español por sus “extravagancias”, nuestro piemontés aconseja a los dramaturgos de su tiempo que lean a Lope de Vega y a Calderón, no para imitarlos, sino para “dar calor y fecundidad a sus frías y estériles imaginaciones”. En estas páginas se ve al Baretti erudito y literato, interesado en todo lo que tenga que ver con la filología y la literatura, pero también se ve al Baretti que quiere deshacer el tópico, corriente en el XVIII, de la incultura e ignorancia españolas. Por eso escribe:

“Para concluir esta prolija carta, diré que en Madrid hay ocho bibliotecas públicas, así como un buen número de particulares; de lo cual deduzco que hay aquí muchos más hombres cultos de lo que se figuran los extranjeros, aunque sea una costumbre casi general en varias partes de Europa decir que los españoles son muy ignorantes”¹⁹.

En un segundo viaje (1768), efectuado con anterioridad a la publicación de su *Journey*, Baretti nos dice que tuvo ocasión de tratar en Madrid a muchas personas de calidad, lo cual, además de hacer su estancia más agradable, le permitió corregir algunos de los errores que se habían deslizado en su primera redacción, y de enriquecer ésta con detalles interesantes, todo lo cual, espera, contribuirá a dar al lector una idea de España más verdadera y justa que la de tantos viajeros que no hacen más que repetir vagas generalizaciones copiadas unos de otros²⁰.

En resumen: el libro de Baretti, escrito y publicado bastante antes que los más completos y clásicos de Swinburne o Townsend, es no obstante una narrativa de gran encanto personal, de sensibilidad prerromántica, y sobre todo reveladora de un profundo conocimiento de los errores y deformaciones con que se miran unas naciones a otras. En esto último creo que no le ha superado nadie todavía.

NOTAS

1. Ver María Begoña Villar García, *Los extranjeros en Málaga en el siglo XVIII*, Córdoba 1982. Esta autora calcula que el 10% de la población malagueña a principios del reinado de Carlos IV estaba constituida por extranjeros, es decir, había unos 5.000 extranjeros en un total de 50.000 habitantes.
2. Existe un libro sobre Bařetti que no he podido consultar: N. Jonard, *Giuseppe Baretti (1719-1789). L'homme et l'oeuvre*, Clermont Ferrand 1963.
3. Giuseppe Baretti, *A Journey from London to Genoa, through England, Portugal, Spain and France*, Londres 1770, si bien una versión parcial en italiano, *Lettere familiari*, había aparecido en 1762-63. Baretti hizo un segundo viaje a España en 1768-69, esta vez a través de Francia, e incluyó su relato en la edición de 1770. Yo he utilizado la edición facsímil, prologada por Ian Robertson, de Centaur Press, Fontwell Sussex 1970.
4. Franco Merregalli, "Giuseppe Baretti e la letteratura spagnola", en *Studi di Letteratura, Storia e Filosofia in onore di Bruno Revel*, Florencia 1965, pp.415-22.
5. Un buen resumen de *A Journey from London to Genoa* se encontrará en Ian Robertson, *Los curiosos impertinentes*, Madrid 1975, pp. 57-78.
6. Tal vez su condición de extranjero tuvo algo que ver con el altercado que le llevó a matar a un hombre en defensa propia en el Haymarket en 1770. Fue detenido, juzgado y declarado inocente gracias a los testimonios de sus amigos Burke, Johnson, Garrick, Goldsmith y Reynolds. Ver Ian Robertson, Introducción a G. Baretti, *A Journey from London to Genoa*, edn. cit.
7. *A Journey...*, I, pp. 35, 42 y 45.
8. *Ibid.*, I, pp. 203-04.
9. Recuérdese que muchísimos viajeros extranjeros encontraban algunos bailes españoles, tales como el fandango, el bolero y la cachucha, muy inmorales.
10. *A Journey...*, II, pp. 97-206.
11. Ver mi ensayo "El cateto y el milor", en *Gades*, nº 8 (1981), pp. 11-34.
12. *A Journey*, I, p. 262.
13. *Ibid.*, I, pp. 130-31.
14. *Ibid.*, I, pp. 338-39.
15. Ana Clara Guerrero, *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*, Madrid 1990, pp. 445-47.
16. Ver Elena Fernández Herr, *Les origines de l'Espagne romantique*, París 1973, pp. 347-57.
17. *Lettere d'un vago italiano ad un suo amico*, Pittburgo (Milán), 1764.
18. *A Journey...*, II, pp. 2-5.
19. *Ibid.*, II, p. 62.
20. *Ibid.*, II, p. 372.